

Crear ante el abismo: a propósito de *Leonora de Elena Poniatowska*

Sandra Lorenzano

Ser poetas en tiempos de penurias significa: prestar atención al rastro de los dioses huidos. Por eso es que el poeta dice lo sagrado en la época de la noche del mundo. Por eso, la noche del mundo es, en el lenguaje de Hölderlin, la noche sagrada.
MARTIN HEIDEGGER, "Caminos del bosque".

Leonora no es sólo un acto de amor, sino también un homenaje a la vida y a la obra de esta mujer que ha hechizado a México con sus colores, sus palabras, sus delirios, sus arranques, sus historias.
ELENA PONIATOWSKA

1

"¿Para qué poetas en tiempos de penurias?", se pregunta Hölderlin en la elegía "Pan y vino". ¿Para qué artistas? ¿Para qué creadores? En un mundo cubierto por las tinieblas, ¿qué sentido tiene la creación? Experiencia de los abismos, del abismo de la nada, del abismo del infinito, del abismo del silencio. Crear es asomarse al vértigo de ese abismo desde donde, quizá, nos miren los ojos de nuestro propio límite. No hay creación verdadera que no nos lleve a esa frontera que es a la vez el ser y la ausencia del ser. Grito frente a la oscuridad. Rastro de lo sagrado, decía el poeta.

Y esto lo supo Leonora Carrington. Desde siempre. Desde el instante en que su cuerpo de niña fue también la piel de su yegua, el verde del paisaje, la fuerza del viento. Leonora que ansía ver los espíritus de los que le habla su niñera irlandesa. Leonora de mirada de fuego en un mundo que castiga los bríos de la independencia. Leonora que se rebela contra las cuerdas que le impiden volar. Leonora lejos de las rígidas expectativas familiares. "¡No quiero complacer! ¡No quiero servir té! ¡Lo único que quiero en la vida es ser un caballo!" (Poniatowska 2011a: 20)

Vértigo ante el abismo. Grito frente a la oscuridad.

También lo sabe Elena Poniatowska. La mujer que eligió las palabras para hacerle frente a las tinieblas. La mujer que construye *sororidades*: inquebrantables solidaridades entre mujeres que saben de rebeldías, de fuerza, de alas que se despliegan. Tina Modotti, Rosario Castellanos, Gaby Brimmer, Jesusa Palancares, Nahui Ollin, Angelina Beloff. La lista de sus hermanas incorpora con este libro a Leonora Carrington.

Tiempos de penurias. Entonces y ahora. Leonora Carrington nace en 1917. Falta un año aún para que termine la primera guerra mundial. Época de muerte y violencias. Las marcas la acompañarán toda la vida. Leonora huye del infierno nazi, huye para salvar a su amor condenado, Max Ernst. Perseguida por la familia, por los médicos, por las armas de todos los bandos, por la depresión, por la angustia, por las alucinaciones, se vuelve una exiliada de sí misma. No hay hogar ni patria para la yegua que sueña con volar. La única salida es la creación. El modo de "evitar la llegada del más insoportable de los sufrimientos: la mirada de los otros" (Poniatowska 2011a: 212). Pinta, escribe, hace de su vida creación continua. Sensualidad. Dolor. Búsqueda. Goce. Pájaros, pescados, sangre que se convierte en energía para salvar al mundo, cuando el mundo cae bajo la locura asesina. El grito de Leonora es el grito ante el abismo.

Tiempos de penurias. Entonces y ahora. Elena Poniatowska nace en 1932. La segunda guerra mundial cercena su infancia. Mientras Carrington lucha contra el horror de dentro y de fuera, a Elena la marca el destierro. Las dos eligen la creación.

2

"Ante todo, *Leonora* es una novela —dice Elena Poniatowska—. No es ni una crítica de la pintura de Leonora Carrington, ni una biografía. Es una obra basada en conversaciones que sostuvimos durante múltiples entrevistas, en los libros de la propia Leonora y en los que se han escrito sobre ella..." (Poniatowska 2011b). Elena se encontró con Leonora por primera vez en los años cincuenta, y la reconoció inmediatamente como una tejedora de sueños, como todas las otras mujeres que la han acompañado a lo largo de la vida. Habitante de una "cueva de sortilegios" (como llama Elena a la casa de la calle Chihuahua, en la ciudad de México), Leonora le habló a la escritora de los claroscuros de su infancia, de los horrores de la guerra, de la violencia de los tratamientos psiquiátricos. Con los ojos aún inundados de espanto, regresaba a ese momento de triunfo del franquismo en que pretendían dominar su cuerpo, su espíritu y su capacidad de creación con brutales inyecciones de

cardiazol. Leonora Carrington fue una de las tantas víctimas de la violencia de aquella psiquiatría.¹

[...] una avalancha blanca le cae encima y la sepulta: dos manos aprietan sus piernas, estiran uno de sus brazos y antes de que la inyecten alcanza a decir:

—¿Por qué me maltratan? ¿No entienden que soy una yegua?

Leonora tose, luego grita. Sus músculos se contraen, los espasmos recorren su vientre y su pecho, la cabeza echada para atrás, su quijada parece dislocarse. Su boca se abre en una mueca inmensa, aterradora. [...]

Una correa le corta la frente y un rayo de dolor la atraviesa, la dobla y se queda rígida. Todavía alcanza a pensar que nada mejor que la muerte puede sucederle... (Poniatowska 2011a: 195-196).

Las pesadillas la cubren, la dejan a merced de los médicos del hospital de Santander. Las heridas que provoca en su interior ese periodo no cerrarán nunca, ni aun con el bálsamo del amor, de los hijos, de la pintura, de la escritura. Leonora recordará siempre el dolor del rayo que la atravesó durante meses.

La narración de Poniatowska es, ante esto, complicidad, compasión.

3

Después está México. El México al que llega casada con Renato Leduc. El México de Remedios Varo y Kati Horna, que se convertirán en sus amigas entrañables. El México de los surrealistas. El México de Buñuel y Breton, de Paalen y de Péret. Ese México abierto y contradictorio al que llegara también, más o menos en la misma época, la pequeña Elena Poniatowska. Ese México que salvó a ambas del abismo, y del que la escritora habla con cariño entrañable, pero también con la mirada punzante y crítica que caracteriza toda su obra.

Aquí el arte de Leonora, tan cercano al esoterismo, al mundo misterioso de los sueños y el inconsciente, a las leyendas celtas que le contaba su nana, adoptó también mucho de las tradiciones mexicanas, de los misterios y silencios de esta tierra. La deslumbra el mundo maya, los chamulas de San Cristóbal, los rituales de los chamanes. Sus animales se vuelven también nahuales, animales mágicos. "Mientras pinta, Leonora se repite la profecía del *Popol Vuh*: 'Del seno de la oscuridad nacerá la luz que nos permitirá ver lo que nos rodea'" (Poniatowska 2011a: 437).

¹ Leonora Carrington cuenta en su libro *Memorias de abajo* la infernal internación que vivió en el sanatorio psiquiátrico de Santander.

Leonora Carrington habla de un "diálogo interior" permanente al que de pronto hay que acallar de alguna manera. Diálogo poblado de personajes, de voces, de rostros, que son parte de sí misma. Sus muertos, sus monstruos, los secretos que guardan sus huesos, los microbios que —como alguna vez leyó en algún lado— habitan las pestañas. Todo eso está en sus obras, en sus palabras, en esas figuras que son muñecas, que son *alter ego* y compañía, vestigios de rituales que conectan con lo más profundo, con el abismo de los tiempos, con los animales y con los dioses, con seres alados que portan los mensajes de Eros y Tánatos, con el misterio del tiempo, con los hilos alquímicos que tejen otras realidades. Basta ver los negros sombreros que tapan los rostros de algunos de sus personajes, los caballos que clavan su mirada en nuestros ojos, las sutiles transparencias que cubren lo que aún no sabemos si queremos descubrir, como un Hieronimus Bosch que ha conocido el lado oscuro del iluminismo, la magia vuelta huella de seres inefables. Y el humor. Cruel e implacable. Teñido, muchas veces, del más sombrío presagio de la muerte.

Recientemente —le confía Leonora a Remedios Varo—, tuve un sueño asombroso: estoy muerta y tengo que enterrar mi propio cadáver. Empieza a descomponerse, decido embalsamarlo y enviarlo a cobro revertido a mi casa de la calle Chihuahua. Cuando llega la funeraria tengo tanto miedo de verme que me niego a pagar y lo devuelvo (Poniatowska 2011a: 405).

Poniatowska es amorosa con ese personaje que es su amiga, su cómplice, su maestra. Ese personaje que ha creado algunas de las obras más inquietantes del arte contemporáneo. Las muertes cercanas la llevan a la angustia una y otra vez. Leonora pinta entonces con desesperación, escribe. "Algunas veces me siento como Juana de Arco, tan espantosamente incomprendida. Y a menudo siento que soy quemada en la pira sólo por ser tan diferente a los demás", dice Marion Leatherby, la protagonista de *La trompetilla acústica*, con sus noventa y nueve años y su vida en el asilo de ancianos.

"La novia del viento", como la llamaba Max Ernst, deambula por la noche sagrada.

Leonora no es sólo un acto de amor sino también un homenaje a la vida y a la obra de esta mujer que ha hechizado a México con sus colores, sus palabras, sus delirios, sus arranques, sus historias. Pudo haber vivido en Inglaterra, su país de origen, en los Estados Unidos, en Francia o en España, pero es un privilegio saber que un artista de su altura haya decidido ser mexicana. La deuda con ella es inestimable (Poniatowska 2011b).

Este párrafo escrito por Elena es quizás el mejor cierre de estas pocas páginas —las mías— que quieren ser un gesto de cariño y admiración para dos mujeres que eligieron a México como su patria. Complicidades de des-

terradas, dirán algunos. Yo preferiría recuperar la palabra creada por los españoles llegados a nuestro país a raíz de la guerra civil: complicidades de *transterradas*, diría entonces. Homenaje a la patria que me ha regalado el privilegio de tener un lazo que me una a ambas. A dos artistas que saben por qué tiene sentido la creación en tiempos de penurias.

La deuda con ellas *es inestimable* ●

Bibliografía

Poniatowska, Elena, 2011a, *Leonora*, Seix-Barral, México.

Poniatowska, Elena, 2011b, "Leonora", *La Jornada*, disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2011/02/28/cultura/a09a1cul>.